

Carta abierta a Vania Bambirra

*** EN 1971 apareció el libro "Diez años de insurrección en América Latina" de Vania Bambirra (Ediciones Prensa Latinoamericana S. A., Santiago). La obra incluyó un trabajo del dirigente del MIR de Venezuela, Moisés Moleiro, titulado "Las enseñanzas de la guerra revolucionaria en Venezuela". Ese capítulo fue escrito en la cárcel por Moleiro, que ahora ha enviado a Vania Bambirra las "consideraciones complementarias" que en seguida publicamos. El movimiento revolucionario venezolano pasa por una larga crisis, producto en gran parte de errores cometidos. La "carta abierta" de Moleiro es uno de los esfuerzos que nacen en ese cuadro penoso de Venezuela, buscando remontar la crisis en que se sumió el anhelo revolucionario de las masas trabajadoras de ese país.

La relectura del trabajo mío que, gracias al esfuerzo tuyo, aparece editado en "DIEZ AÑOS DE INSURRECCIÓN EN AMÉRICA LATINA", me impone agregarle una serie de aclaratorias y consideraciones complementarias, nacidas del avance que, en el camino de encontrar una línea coherente y eficaz, hemos experimentado los revolucionarios venezolanos, así como de los cambios inevitables —teóricos y prácticos— habidos en la historia de un movimiento que acaba de salir de una crisis honda y rica, propicia para el avance una vez substanciadas sus causas. No se trata de una simple "rectificación" nacida del empeño de negar las consecuencias últimas de mis planteamientos, sino de un reacomodo de algunas conclusiones en el camino de desarrollar asertos potencialmente implícitos en ellas, desechando otras que perdieron aceleradamente su vigencia. Por lo demás, es ese el único modo de poder aprehender teóricamente una realidad compleja y sus múltiples determinaciones: rehaciendo parte de lo dicho en función de lo real, conformando el planteamiento teórico e hipotético a una situación (con todas sus variantes) que permita incluir en ella y determinarla, haciéndolo, en una palabra, eficaz.

No tengo nada que cambiar en lo relativo a la imposibilidad de la vía pacífica en nuestros países, aun cuando haya ocurrido lo de las elecciones chilenas y el triunfo de Allende. No solamente porque aqueñe resultaría imposible arribar al poder por dicha vía, sino porque no veo en el episodio una garantía de revolución. A lo sumo, las fuerzas del progreso habrán podido colocarse en una posición inmejorable para un enfrentamiento; pero de allí a suponer una revolución partiendo de la existencia de las estructuras actuales que no pueden ser modificadas (significativamente el aparato militar-burocrá-

tico de las clases dominantes) hay un trecho y no breve. Nuestros países están sometidos a una relación global de dependencia y ésta se ejerce a distintos niveles que se interpenetran y refuerzan entre sí y resulta imposible variar esta relación sin un vuelco total de todas las estructuras. No considero necesario señalar que creo que a Chile le esperan días difíciles, de grandes combates, si Allende pasa de algunas medidas nacionalistas y progresistas a un efectivo proceso de socialización de los medios de producción, que por otra parte viene a ser la única garantía de que tales medidas nacionalistas y progresistas se mantengan y profundicen.

Tampoco alteraría nada en lo relativo al análisis de la amenaza implícita de "recurrir a la violencia si el enemigo nos empuja a ello", que forma parte del ritual de muchos partidos de la izquierda tradicional, así como al uso abusivo y leguleyo de las famosas "condiciones" de Lenin para justificar el quietismo revolucionario y la fatiga a la hora del combate. Pero creo que en el trabajo no se destacan suficientemente elementos decisivos: uno de ellos es la importancia de lo que llamo "rasgos específicos" en virtud de los cuales las revoluciones se parecen pero nunca se repiten. Considero necesario abundar en esto y extraer las consecuencias de lo que planteo por basarse en una conjugación de la teoría revolucionaria y las determinaciones de una realidad (que como realidad singular sólo entra en lo universal aproximadamente). Las revoluciones siempre sorprenden los pronósticos previos y son, en última instancia, heterodoxas. Ello explica que ninguna Internacional haya podido acertar en cuanto a un proceso revolucionario concreto (le faltaban las determinaciones de lo singular a la hora del análisis) y explica también porque el o los países que se veían "maduros" en un momento determinado no arriban al proceso revolucionario, llegando a él en cambio otros, desdeñados en la hora inefable de las predicciones. La consecuencia última salta a la vista: para que haya revolución en Venezuela —ya que de ella hablo— es imprescindible que exista una construcción teórica que programe el camino y señale derroteros. Dicha construcción debe partir de los principios generales; pero no será eficaz sino en la medida en que atrape la multiforme variedad de lo concreto. Lenin se vio obligado a crear una teoría relativa al papel de la vanguardia política y a desentrañar los cambios habidos en el capitalismo para hacer triunfar la lucha que encabezaba; Trotsky se vio precisado a enunciar la teoría de la revolución permanente y dictar la "ley del desarrollo combinado" (remoto ascendente de la categoría de la dependencia) para explicar el papel del proletariado ruso a quien según los teóricos al uso no

le "correspondía" adelantar la revolución; Mao tuvo que crear la teoría de la guerra popular; los revolucionarios cubanos se vieron obligados a adelantar una praxis peculiar nacida de apreciaciones teóricas, lo cual llevó a Sartre a creer equivocadamente que la Revolución Cubana "carecía de ideología", por ser esta esquemática y simple, como lo demandaba la situación concreta que estaban enfrentando. Nosotros —guardando las distancias— estamos obligados a desarrollar una práctica teórica que pronostique con acierto y diagnóstico con eficacia partiendo de todos estos ejemplos, pero sin identificarse ni confundirse con ninguno de ellos.

En este sentido el trabajo mío peca de esquemático: condena al movimiento a seguir la vía pacífica —que se empeña acertadamente en desechar— o, en caso contrario, a seguir empeñado en una práctica foquista que no se atreve a decir su nombre. Lo sé, hay referencias críticas a las afirmaciones de Debray y un intento de fijar los rasgos específicos de nuestra revolución contraponiéndolos al proceso que ha gravitado más intensamente en el movimiento revolucionario venezolano: la Revolución Cubana. En este sentido se insiste en la diferencia en cuanto al régimen político, en cuanto a la estructura económica y en cuanto al problema de la lucha armada. Pero no se extraen de ello las consecuencias indispensables. La parte relativa a la lucha armada tiene de valioso —y me perdonas este arranque de pedantería— que constituye un análisis de las limitaciones del foquismo partiendo de un elemento sumamente concreto (el tipo de cerco y la situación real del campo) cuya importancia específica militar es muy grande; pero remata recomendando una serie de medidas que podrían ser buenas, regulares o malas, mas siempre serán de carácter administrativo y limitado. No se cuestiona el marco, el contexto en medio del cual se desenvuelve el proceso (política foquista y al margen de las masas) sino determinadas conductas surgidas en medio de él. No se enfrenta el problema esencial (la relación vanguardia-masas) pese a que se advierte su existencia. Es indudable que no basta con hacer depósitos ni tomar medidas más o menos audaces e inteligentes para garantizar el funcionamiento del foco. Hay que ir mucho más allá. Replantearse el problema del foco como tal y la necesidad de incorporar las masas a la política de la vanguardia.

En este sentido hemos avanzado mucho desde el momento en el cual redacté el trabajo hasta nuestros días. Para provocar tu asombro te diré que la posición mantenida por mí en el Informe era la opuesta al foquismo en el seno del Partido. Ello demuestra no solamente hasta dónde mantendrían una posición foquista sensu strictu mis contradictores, sino hasta dónde la influencia del mismo inficionaba a todo el movimiento en su conjunto. El empeño subjetivo de imponerle una voluntad al proceso ignorado las tendencias del mismo, de reducir los vínculos con las masas a simples vínculos agitativos desdeñando los organizativos y propagandísticos, el sustituir la acción cotidiana, paciente y pertinaz en el seno del pueblo luchando por sus derechos (y poniendo en evidencia el vínculo que une tales derechos a otros objetivos estratégicos y mediatos) con gestos deslumbrantes y

heroicos, fueron moneda corriente en el movimiento revolucionario venezolano. Abandonarlos es tarea paciente pues el foquismo, como toda desviación vinculada al espíritu sectario se muestra "terco" y se repantica una y otra vez. En este sentido mi trabajo no hace dejación definitiva de planteamientos de este tipo.

Resulta evidente que tras el pretexto de abandonar el foquismo se oculta la participación en el sistema y el convertirse en una realidad institucional dentro de sus estructuras, muchas veces. Pero ello no puede llevarnos a inhibirnos de sobrepasar una desviación empobrecedora como la que más y que conduce inevitablemente a la derrota. El riesgo puede ser grande pero la política revolucionaria está hecha de riesgos. Se trata de superar una alternativa falsa construida con terminos irreductibles: o se hace trabajo de masas, caso en el cual se corre el riesgo inevitable de incorporarse al sistema, o se decide emprender la lucha armada, caso en el cual resultan imposibles de evitar el aislamiento y la derrota. Esta alternativa falsa ha encerrado dentro de sus límites a los revolucionarios venezolanos por muchos años. Hay que atreverse a decir que no: es posible y deseable desarrollar el combate por los derechos de las masas con un sentido subversivo, vinculándolas a una estrategia de vanguardia y desarrollando en ellas la mentalidad de poder. Se trata de organizar a las masas al margen del sistema y contra él.

En el texto he hablado de los marginales y de la imposibilidad en que se hallan de obtener la reivindicación mínima (el derecho al trabajo). He hablado de cómo se agrupan en poblaciones miserables, privados de todo derecho. Pues bien, se trata de organizarlos en sus órganos de poder popular, de llevarlos a la lucha reivindicativa y política luchando con, por y entre ellos. Organizarlos para participar en elecciones, para hacerlos votar por concejales y diputados de izquierda es malo, no conduce a nada. Pero no organizarlos es igualmente malo. Se trata entonces de hacerlo educándolos en la idea de decidir ellos mismos su destino y de pasar en el momento oportuno a formas superiores de lucha. Asambleas de barrio con una dirección susceptible de ser renovada y que tomen en sus manos sus problemas a fin de atacarlos y resolverlos, eliminando la eterna práctica de dirigirse a los organismos oficiales para mendigar soluciones que ha dado en llamarse "lucha reivindicativa". En todo caso están allí, sus problemas no tienen solución dentro de los marcos del sistema y sería miope no aprovechar su potencial revolucionario y no trabajar sobre la base de uno de los puntos de ruptura del sistema, de uno de los problemas que éste no puede resolver.

En el texto he hablado de la burocracia sindical y de su papel tendiente a neutralizar al proletariado industrial, alejándolo de sus objetivos reivindicativos y de las luchas políticas de clase. Ocurrió que los obreros comienzan a sacudirse la tutela de la estructura sindical y desarrollan grandes combates, lo cual abre la posibilidad de organizarlos en Comisiones Obreras donde ellos mismos tomen en sus manos sus problemas y aprendan a resolverlos —en unión de la vanguardia— al margen de una estructura que impone la conciliación de clases y ha sido transformada en un destacamento del enemigo.

En el texto he hablado del crecimiento capitalista en el campo,



MOISES MOLEIRO aparece en la época de las guerrillas (1968) en las montañas de Venezuela, junto a Héctor Pérez Marcano, Eduardo Ortiz Bucarán y Soto Rojas.

que trae aparejado el desarrollo de un proletariado agrícola que se halla en la misma situación que el proletariado industrial en relación a la estructura sindical. He hablado también de los campesinos pobres y poseedores precarios, que también podrían ser organizados al margen del sistema y contra él. Finalmente los estudiantes, que después de diez años de retórica democrático-representativa y demagogia de mal gusto, han protagonizado acciones de vasto alcance en las cuales unen la lucha por sus derechos a la lucha contra el sistema y agreden instituciones bancarias, etc., uniendo en un mismo repudio a la policía represiva y a los que la pagan, la sostienen y la envían a hacer cursillos de perfeccionamiento en escuelas pagadas por el Departamento de Estado. Finalmente existe la posibilidad de organizar a los profesionales y técnicos en grupos críticos que influyan poderosamente en el cuestionamiento de las estructuras y abran una posibilidad de agrupar a estos sectores, a medio camino entre los revolucionarios y el sistema.

Todo ello implica abandonar prácticas foquistas, entender que la lucha armada no nace por un simple deseo subjetivo de los revolucionarios sino por una participación creciente de las masas que a través de muchos combates reivindicativos y políticos aprenden a deshacerse de las ilusiones que el sistema dependiente neocolonial crea y mantiene celosamente. Por ello el texto mio tiene limitaciones, se limita a señalar nuevas "medidas" y no cuestiona el origen de los problemas y del aislamiento de la vanguardia. Adelantando la organización de las masas al margen del sistema y contra él podrán ellas y la vanguardia desembocar en formas de luchas superiores, eliminándose con ello el absurdo de todos estos años: hablar de una guerra popular en la cual no participa el pueblo, sino que reposa en las vanguardias cada día más aisladas y haciendo tenaces esfuerzos por sobrevivir.

Estas son. Vanía, las acofaciones que necesitaba hacer a lo escrito, que lo fue en un momento de crisis y desorientación y si bien comenzaba a señalar un nuevo cami-

no no lograba desprenderse de adherencias inoportunas y erróneas. Te agradezco la publicación de lo mismo y sigo a tu orden para cualquier aclaración en lo relativo a nuestra línea política. Entre quienes abandonaron el camino revolucionario y quienes persisten en los errores ya conocidos, nosotros pretendemos señalar una vía que conjugue la posibilidad de mantener los objetivos estratégicos en alto, incorporando a su realización a las grandes masas, a los sectores decisivos cuyos problemas el sistema no se halla en capacidad de resolver por su mismo carácter opresor y antinacional. Cuando el proletariado industrial, los marginales, los estudiantes y los campesinos, así como los técnicos de mentalidad progresista, se hallen organizados y vinculados a la vanguardia, cuando conviertan en una práctica cotidiana la lucha contra el sistema, comenzará una etapa mejor, fecunda en consecuencias, para el movimiento popular venezolano.

Un abrazo.

MOISES MOLEIRO

P.D.—Hay un elemento de importancia que habría que agregar, demostrativo de que la crisis del movimiento en búsqueda de una reorientación de sus supuestos no se reduce sólo al campo de la izquierda no tradicional: la división del PCV y el nacimiento del Movimiento al Socialismo (MAS). Después de un debate más o menos prolongado, el ala izquierda del PCV encabezada por Petkoff y otros, y el grupo que tenía una posición centrista, encabezada por Pompeyo Márquez, abandonaron el Partido Comunista llevándose del mismo a los dirigentes más capaces y combativos. Pese a que el debate giró en torno a sucesos internacionales (invasión a Checoslovaquia, libertad de disidencia del PCUS, etc.) y en torno a los métodos de discusión y la libertad de crítica, puede considerarse un eco remoto de la polémica existente en el campo revolucionario en

(Pasa a la vuelta)

torno a las vías y en relación a una táctica eficaz que acerque los objetivos estratégicos. El MAS hace también —como nuestra línea actual— de una reflexión crítica sobre su propio pasado y sobre el hecho revolucionario en sí. En esto se asemeja a quienes planteamos todo cuanto se ha expuesto; pero se diferencia en el contenido mismo de dicha reflexión. Consideran que resulta necesario "insertarse en los procesos reales" (la frase es textual) y definen como procesos reales a las elecciones. Consideran también que no está planteado luchar contra la estructura sindical partiendo de comisiones obreras sino renovar dicha es-

tructura por medio de la crítica y la participación en elecciones sindicales. Nos reprochan que nos automarginamos y que organizar a las masas al margen del sistema no es sino una frase. Quien habla de organizar a las masas debe participar en los procesos donde se hallan las masas, dicen. Respondemos diciendo que los únicos procesos reales no son aquellos en los cuales participan los partidos tradicionales y rescaban la televisión, la radio y la llamada "gran prensa". Lo que le da categoría de realidad a un proceso es la existencia de masas y la posibilidad de organizarias sobre la base de un problema concreto que puede

engarzarse, a través de un trabajo paciente, a los objetivos estratégicos. Esos problemas existen y son puntos de ruptura del sistema y nada ganamos con ilusionar a las masas con las estructuras del mismo (Congreso, Concejos Municipales y el proceso electoral mismo). El MAS y nosotros no estamos, entonces, de acuerdo y pese a ocupar un terreno similar no coincidimos en nuestras apreciaciones de las formas a utilizar y en cuanto al vínculo entre ellas y los objetivos ulteriores.

Bueno, Vanía, ahora sí me despidió. Un abrazo.

MOISES MOLEIRO

MENSAJE A LOS CRISTIANOS DE AMERICA LATINA

* "Un grupo de doce sacerdotes chilenos, miembros del "Secretariado Cristianos por el Socialismo" hemos sido invitados por el Comandante Fidel Castro a conocer desde dentro la realidad del Primer País Socialista de América Latina. Al término de nuestra estadía en Cuba, nos sentimos llamados a dirigirnos a todos los cristianos de nuestro continente.

1) Nos golpea la situación socio-económica, política y cultural de los pueblos latinoamericanos. La cesantía, el alcoholismo, la desnutrición, la mortalidad infantil, el analfabetismo, la prostitución, las desigualdades, siempre crecientes entre ricos y pobres son unas de las manifestaciones más patentes de lo que se ha venido a llamar el subdesarrollo.

Para nosotros el subdesarrollo no es sino el producto del sistema capitalista y del imperialismo. Son ellos, el capitalismo y el imperialismo, los que van generando entre los hombres y los pueblos una división cada vez más violenta entre ricos y pobres, entre explotadores y explotados. Esta dominación se manifiesta tanto en lo económico como en lo cultural, en lo político y lo militar.

2) Por lo tanto denunciamos como insuficientes todas las soluciones de tipo desarrollista, reformista, capitalista o neocapitalista, que no hacen sino contribuir a la mantención y agravación de dicha situación de subdesarrollo.

Desde Cuba, reafirmamos nuestra convicción de que, históricamente, el socialismo es el único camino que tiene nuestro subcontinente para romper solidaria y realmente las cadenas de la opresión capitalista e imperialista.

3) Nos duele como cristianos y porque amamos a nuestra Iglesia que ella a través de la historia de América Latina, ha estado y sigue en la mayoría de los casos, por no decir siempre, aliada a las pequeñas minorías que han dominado y explotado al pueblo trabajador. Este es el gran pecado histórico de nuestra Iglesia. Es urgente e imprescindible que todos lo reconozcamos y por él pidamos perdón, para que surja la nueva Iglesia Latinoamericana y no sólo ésta, sino un nuevo pueblo latinoamericano, libre, digno y fraternal.

Saludamos y solidarizamos con los cristianos que, rompiendo con esta alianza, están real y verdaderamente comprometidos con la lucha de los pueblos por su liberación.

4) Mientras el imperialismo norteamericano y sus aliados actúan a la vez unidos férreamente por sus burdos, egoístas y criminales intereses, tratan de desunir, de atemorizar y de enfrentar entre sí a los pobres del continente.

Afirmamos que en América Latina la verdadera y única división es entre oprimidos y opresores, en-

tre explotados y explotadores, y no entre marxistas y cristianos.

Afirmamos que es un deber imprescindible de los cristianos estar junto a todos los hombres honestos, cristianos o no, que luchan por la liberación de nuestros pueblos.

Afirmamos que en Latinoamérica es hora de luchar y no discutir, es hora de avanzar y no de atemorizarse, es hora de que por la lucha y el sacrificio las verdaderas fuerzas honestas que no tengan otros intereses que los del pueblo se unan como un sólo hombre para derrocar el egoísmo y el imperialismo en nuestro continente.

Es deber histórico de los cristianos estar en esta lucha de parte de los explotados. La justicia y la historia están de nuestro lado.

5) El sistema de dominación y la ideología burguesa han mantenido a los cristianos engañados y bloqueados, marginándolos del proceso revolucionario de liberación en América Latina. El sistema capitalista disfrazado con el orden, el progreso, la paz, la libertad, la democracia, los valores cristianos y religiosos, su verdadera realidad, que es la violencia institucionalizada y culto idolátrico a los falsos dioses del individualismo, el dinero, la propiedad privada, la sociedad de consumo y los intereses egoístas.

Si se trata de destruir los dioses del imperio, nuestra fe nos impulsa a luchar contra todos los falsos dioses. Si se trata de destruir la violencia institucionalizada y militante de las minorías, los cristianos no renunciamos a la lucha para defender el derecho a vivir e instaurar un régimen de justicia e igualdad. Si la violencia reaccionaria nos impide construir una sociedad justa e igualitaria, debemos responder con la violencia revolucionaria.

6) Junto a todos los que en nuestro continente están realmente comprometidos en la lucha de los oprimidos del campo y de la ciudad para conquistar el poder, junto a todos los verdaderos revolucionarios latinoamericanos cualesquiera sean sus creencias filosóficas o religiosas, convencidos con el Comandante Fidel Castro que para hacer victoriosa la alianza entre cristianos y marxistas no puede ser solamente táctica sino estratégica, NOS COMPROMETEMOS como cristianos a entregarnos por entero a este inmenso esfuerzo de liberación; y con nuestro hermano en el sacerdocio Camilo Torres repetimos: "El deber del cristiano es ser revolucionario; el deber del revolucionario es hacer la revolución".

Martín Gárate, Pablo Richard, Carlos Condaminet, José Arellano, Ignacio Pujados, Oscar Letelier, Guillermo Redington, Juan Martín, Juan Latulipe, Sergio Concha, Mauricio Laborde, Germán Cortez.